

JON BILBAO

✠ El hermano
de las moscas

ED | DE
SALTO | PÁGINA

✠ El hermano de las moscas

Para mi hermano

Parte I

1999-2002

Muy difícil pensar bien.

AL HEDISON en *La mosca* (1958)

Nacimiento

Hacía tres días que Grego no se sentía bien. Padecía los síntomas característicos de un ataque de malaria —cefalea, dolores abdominales, fiebre y escalofríos—, además de un molesto y persistente hormigueo que le recorría el cuerpo. En la cola de embarque del Aeropuerto Internacional de Bangkok tragó una tableta de quinina y se esforzó por mostrarse tranquilo. Se enjugó el sudor de la frente y trató de recomponer su aspecto ante el riesgo posible de que no le permitieran subir al avión si notaban que estaba enfermo. Pero la azafata que recogió su tarjeta de embarque apenas le dedicó un vistazo; para ella no era más que otro occidental descompuesto por el clima y la gastronomía de Tailandia.

Una vez que hubieron despegado se calmó un poco. Durante el vuelo logró dormir a ratos. Cada vez que abría los ojos pasaba por un instante de pánico hasta que recordaba dónde se encontraba. Los demás pasajeros dormitaban o veían una película con los auriculares puestos, cubiertos con mantas. También cada vez que se despertaba, consultaba el reloj. Hizo el cálculo de la hora local a la que aterrizarían. Lo repitió varias veces. Para entonces no se fiaba de su habilidad mental. Llegarían a las cinco de la tarde. Sería aún de día.

Recogió su petate de la cinta de equipajes y buscó un taxi. Dio al conductor una dirección anotada en un trozo arrugado de papel.

Veinte minutos después se detenían en una calle residencial, en las afueras de la ciudad. El conductor dedicó un comentario apreciativo a la zona.

La casa hacia la que se encaminó Grego no era de las mayores de la calle. Pulsó el timbre y aguardó sin que nadie acudiera a abrir. Volvió a llamar, golpeó la puerta con los nudillos. Parecía no haber nadie.

Un seto de aligustre separaba el jardín del de la vivienda contigua. Hacía poco que había sido plantado, aún deberían pasar varios años hasta que pudiera proteger la respectiva intimidad de las propiedades. En el otro lado un hombre regaba una bancada de flores con una manguera. Alertado por la llegada de Grego había interrumpido su labor y lo observaba con curiosidad y desconfianza.

—¿Busca a alguien?

El petate y la ropa gastada llamaban la atención en aquel vecindario. Grego llevaba barba de varios días y el pelo aplastado después de haber dormido en el avión. Volvía a sudar copiosamente y sentía la acuciante necesidad de tumbarse en algún lugar a oscuras.

Consciente del recelo que despertaba creyó oportuno presentarse.

—Soy el hermano de Héctor —dijo—. ¿Sabe si han ido a algún sitio?

La expresión del hombre de la manguera se relajó, dando paso a una abierta sonrisa. Se acercó con curiosidad renovada y quizá la intención de estrecharle la mano por encima del seto, pero Grego no se movió de donde estaba.

—Han salido a toda prisa esta mañana —dijo mirando la mancha de salsa de curry en los tejanos de Grego.

—¿Sabe adónde iban?

La sonrisa del vecino se ensanchó aún más, satisfecho de poder comunicar una buena noticia.

—Iban al hospital. Sara se ha puesto de parto.

La enfermera depositó a la niña —a Beatriz, ése sería su nombre— en los brazos temblorosos de Héctor. Era su primer hijo y no cesaba de preguntar si estaba bien, si no había habido ningún problema. La enfermera le aseguró que el bebé se encontraba en perfecto estado, al igual que la madre.

Estaban ya en la habitación, el parto había concluido y Sara lo observaba desde la cama, fatigada y feliz.

Ella trabajaba en el hospital. Era enfermera de quirófano. Su familiaridad con el lugar se reflejaba en la habitación privada de la que disfrutaba y las abundantes visitas de miembros del personal interesados por su estado y el del bebé. Fue una de esas visitas quien informó a Héctor de que fuera había alguien que decía ser su hermano.

Hacía cuatro años que no se veían. Tampoco hablaban a menudo. La última vez que lo hicieron Héctor acababa de saber que su mujer estaba embarazada y telefoneó a Grego para informarlo de que al cabo de unos meses sería tío. Cuando el hombre de la manguera dijo a éste que su hermano y su nuera habían ido a la maternidad él apenas recordaba la noticia.

La llegada de Grego no se encontraba programada. Había planeado avisar a Héctor desde el aeropuerto de Bangkok, pero con los nervios del último momento se había olvidado de ello, y no disponía de crédito para hacerlo más tarde desde el teléfono del avión.

Héctor contempló de arriba abajo a su hermano menor. Después de la emoción del parto se sentía demasiado aturdido para discernir si le alegraba o no su aparición. Decidió que sí y le estrechó la mano con fuerza.

—¿Qué haces aquí?

Grego se encogió de hombros.

—Me apetecía verte.

Al llegar al hospital había buscado unos servicios, se había puesto una camisa limpia y peinado un poco.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó señalando la puerta por la que había salido Héctor.

—Muy bien.

—¿Y Sara...?

—También muy bien.

—¿Ha sido niño o...?

—Una niña. Beatriz. ¿Quieres pasar a conocerla? Sara estará encantada de verte.

Grego retrocedió un paso.

—Es mejor que no lo haga. Creo que he cogido un virus —dijo señalándose vagamente el rostro y el pecho—. No quisiera contagiarles algo.

Héctor le dio la razón.

—Supongo que estarás cansado después del vuelo. Yo tengo que ir a casa a recoger algunas cosas. Puedo llevarte. Comes algo, descansas...

Grego se mostró de acuerdo. Era justo lo que necesitaba.

—Siento no prestarte más atención pero has llegado en un momento un poco complicado.

El hermano menor le quitó importancia y pidió disculpas por su falta de oportunidad.

—Todo estará más calmado mañana —añadió Héctor.

Cuando volvió a la habitación e informó a Sara de que Grego estaba allí ella alzó la cabeza de la almohada.

—¿Sin avisar?

—Ya lo conoces.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Todavía no ha dicho nada.

—¿Cómo van las cosas por la refinería? —preguntó Grego en el coche, de camino a casa.

Héctor dijo que bien.

El hermano menor frunció el ceño mientras recordaba y dijo:

—Eres jefe de sección.

—Jefe de área —corrigió su hermano—. Área es más que sección. ¿Y qué hay de ti? ¿Marcha bien tu negocio?

La pregunta fue formulada con verdadero interés.

Junto con otros dos socios Grego era propietario de un negocio de chárter náutico en Pattaya, un popular centro de ocio al sudeste de Bangkok. Contaban con dos veleros que alquilaban a los turistas; uno de diez metros para excursiones de un día y otro mayor, de quince, para periodos más prolongados. Antes de eso Grego había sobrevivido durante años desempeñando trabajos temporales a todo lo ancho del sur de Asia, sirviéndose la mayoría de las veces de la confianza que su origen despertaba en los empresarios occidentales afincados en la zona. Entre medias se había involucrado en varios negocios propios —compra-venta de maquinaria agrícola usada, cereales y kaoliang, un licor obtenido de la destilación del sorgo—, casi siempre con resultados económicos mínimos, apenas suficientes para cubrir las inversiones realizadas, y en varios casos negativos.

Respondió que todo iba perfectamente. Estaban considerando la compra de otra embarcación: una lancha de pesca reformada con la que impartir clases de buceo. Uno de los socios disponía de las licencias necesarias.

Héctor apartó la vista de la carretera y miró a su hermano.

—Eso quiere decir que tenéis beneficios.

—Algunos —respondió Grego vagamente—. Aun así tendremos que pedir un préstamo. También hay que comprar los equipos.

Permanecía con la nuca recostada en el reposacabezas y los ojos cerrados, poco interesado en la conversación.

—¿Te encuentras bien?

—Sólo necesito descansar un poco.

Había rechazado que un médico lo reconociese en el hospital. Aseguró que sólo era una molestia pasajera por algo que había comido, probablemente en el avión.

—¿Por qué has venido? —preguntó Héctor al cabo de un rato.

—Ya te lo he dicho.

—Querías vernos.

Grego asintió.

—Alguien me ofreció un pasaje de avión a buen precio. Tenía que tomarlo o rechazarlo en el momento.

—De todos modos podrías haber llamado.

—Lamento ser una molestia. Había perdido la cuenta del embarazo de Sara.

—No eres ninguna molestia —aseguró Héctor.

Y después de una pausa añadió:

—Pero ha resultado una sorpresa volver a verte.

Entraron en la zona residencial. La mayoría de sus habitantes prefería emplear ese término antes que el de «urbanización».

Era viernes y lucía el sol. Nubes de polen flotaban sobre las áreas ajardinadas. El día parecía un anticipo del verano que en pocas semanas irrumpiría con toda su fuerza. Buena parte de los vecinos se encontraba en la calle disfrutando del recién estrenado fin de semana. Niños en bicicleta gritaban mientras se perseguían entre sí. Pasaron frente a una cancha de baloncesto donde un grupo de cuarentones jugaba un partido. Varios de ellos saludaron cuando vieron el coche de Héctor.

—¿Los conoces? —preguntó Grego.

—Aquí vive bastante gente de la refinería.

—Son mayores que tú.

Héctor era el jefe de área más joven de la empresa.

—Algunos llevan pulsímetros —observó Grego—. Para jugar al baloncesto. Muy profesional.

—No te burles. Son buena gente.

Se detuvieron frente a la casa. Dado que tenía que volver al hospital para pasar allí la noche, Héctor no metió el coche en el garaje.

Antes de apearse preguntó una vez más por el negocio de los veleros.

—Dime que no te has peleado con los otros socios.

Grego se pasó las manos por el rostro, se frotó los ojos y respondió con calma:

—No. Todo va jodidamente bien.

El dinero para entrar en el negocio había salido de Héctor. Lo que en aquel momento, dos años atrás, con la adquisición de su casa todavía reciente, había representado un importante sacrificio para Sara y él.

Grego se instaló en la habitación de invitados mientras Héctor recogía su neceser y algo de ropa.

—Hay comida en la nevera, puedes calentar algo. Supongo que estarás hambriento.

—En realidad no.

—Entonces descansa. Nosotros volveremos mañana por la mañana, luego podremos hablar con más tranquilidad.

Después de repetirse mutuamente que se alegraban de verse, se dieron un abrazo acompañado de palmadas en la espalda. Grego estaba ardiendo.

—Llama a un médico si te sientes peor. Los números están en la agenda que hay junto al teléfono.

Una vez a solas Grego se encerró en su habitación y, a tiro-nes, se desprendió de la ropa. El roce de las prendas contra la piel avivaba el hormiguero que lo atormentaba desde hacía

días. A continuación bajó la persiana para que no entrara ni un resquicio de luz y se tendió en la cama.

Héctor, Sara y Beatriz llegaron a casa poco después del mediodía. Encontraron el lugar en silencio.

Mientras Sara llevaba a la niña al dormitorio principal, que compartiría con ellos durante las primeras noches y donde ya la aguardaba una cuna, Héctor recorrió la casa. La puerta de la habitación de invitados se hallaba cerrada. Supuso que su hermano estaría todavía durmiendo. Llamó suavemente.

—¿Grego? ¿Va todo bien?

No hubo respuesta.

Llamó de nuevo, con mayor fuerza.

—Levántate. ¿No quieres conocer a tu sobrina?

—¿Qué pasa? —preguntó Sara uniéndose a él. Hablaba en susurros.

—Creo que sigue durmiendo. Ayer no se sentía bien.

Sara consultó el reloj.

—Es tarde. Dile que se levante. No ha venido a un hotel.

Héctor empujó la manilla y abrió la puerta sólo una rendija. El interior estaba a oscuras.

—¿Grego?

La franja de luz que se colaba desde el pasillo iluminaba el pie de la cama y permitía ver las sábanas revueltas y el petate tirado en el suelo, junto a un par de zapatos y varias prendas de ropa.

Había también algo más.

—¿Qué...?

Alertado por lo que había creído ver, Héctor terminó de abrir la puerta y accionó el interruptor de la luz. Sara lo seguía, pegada a él.

Una legión de moscas ocupaba la habitación; paredes y techo teñidos de negro. Se concentraban en especial número en

los alrededores de la cama, que salvo por los insectos posados en ella se hallaba vacía.

La pareja apenas dio un paso antes de retroceder espantada.

Sobresaltados por la irrupción, los insectos alzaron el vuelo. Al instante se formó una atmósfera espesa y peluda en la que entrechocaban unos con otros. La vibración de las alas se sumaba hasta alcanzar un nivel doloroso.

Héctor y Sara huyeron cerrando la puerta.

Se inspeccionaron pasándose las manos por el pelo y la ropa, presas de escalofríos. Afortunadamente ninguna de las moscas había salido de la habitación.

Aun con la puerta cerrada el zumbido de la masa de insectos era perceptible. Se propagaba a través del suelo y las paredes.

Héctor se lanzó contra la puerta y la aporreó llamando a gritos a su hermano.

La habitación no contaba con armario, ni cuarto de baño anexo, ni otro lugar donde pudiera haberse puesto a resguardo de las moscas. La ventana estaba cerrada y la persiana echada. Si hubiera estado escondido debajo de la cama lo habrían visto.

Los golpes alteraron más a las moscas. El zumbido aumentó de volumen. Contra la puerta resonaba un suave golpeteo, como si un chaparrón de gruesas gotas descargara sobre su lado interior.

Cuando fue evidente que las llamadas no hallarían más respuesta que la de los insectos, Héctor y Sara retrocedieron hasta la cocina, mudos de asombro.

Una inspección detallada corroboró que Grego no se hallaba en la casa. Sin embargo, cuando volvieron del hospital el cerrojo de la puerta principal estaba echado y, en caso de que él hubiera salido, no contaba con la llave necesaria para cerrarlo desde fuera. La inspección demostró también que todas las ventanas estaban cerradas. A pesar de todo, el sentido común

ofrecía como única explicación que Grego había salido de la casa.

—Y si ha sido así —especulaba Héctor—, ¿por qué no ha dejado un mensaje?

Hasta donde podía apreciar no se había producido ningún cambio en la vivienda; todo estaba tal como él lo dejó cuando se despidió de su hermano la tarde anterior.

A modo de precaución habían colocado una toalla enrollada al pie de la puerta de la habitación de invitados. La estancia no disponía de entrada de aire acondicionado ni otra vía de ventilación.

Sara, mientras tanto, se ocupaba de vigilar al bebé. Beatriz arrugó los labios cuando su madre la tomó en brazos, más para tranquilizarse a sí misma que a la niña, que hasta entonces dormía plácidamente. En el dormitorio principal no había ninguna mosca. Olía a limpio y el sol entraba a raudales por la ventana. Sara vio a dos niños que jugaban en un jardín cercano a saltar sobre un aspersor de riego. Un perro los acompañaba con sus ladridos mientras se mantenía a prudente distancia del agua.

—¿Tú qué opinas? —quiso saber Héctor, después de que ella volviera a dejar a la niña en su cuna y regresara a la cocina.

Sara meneó la cabeza en un gesto que indicaba al mismo tiempo cansancio y los escasos deseos que sentía de llevar a cabo deducciones. No era de personas desaparecidas de lo que deberían estar hablando el primer día que pasaban en casa con su hija.

No experimentaba un especial afecto por Grego. Opinaba de él que, bien superados los treinta, continuaba aferrado a los modos y la falta de compromisos de la adolescencia; y ello a costa principalmente de su hermano mayor. Opinión corroborada frecuentes veces por la experiencia. El préstamo para el negocio de chárter náutico había sido motivo de amarga discusión entre Héctor y ella. Sara había comprendido y apreciado el

sentimiento de responsabilidad que empujaba a su marido, pero creía que prestar el dinero a Grego sería lo mismo que arrojarlo a la basura, que tal como había ocurrido en otras ocasiones no demostraría la madurez necesaria para llevar la empresa adelante.

—La otra pregunta es: ¿de dónde han salido esas moscas? —continuó Héctor—. No he encontrado en la casa ni en el jardín nada que las pueda atraer, no hay basura... ni nada muerto.

Sara se revolvió incómoda. Había pasado la hora de comer pero ninguno de los dos sentía hambre. Tomaban una taza de té en la mesa de la cocina.

—Las únicas entradas y salidas de la habitación son la puerta y la ventana, y las dos estaban cerradas.

—Seguro que hay una explicación lógica para todo —intervino Sara—. Tu hermano habrá salido. Que no haya dejado una nota no debería sorprenderte. Tampoco nos avisó de que venía. Prefirió presentarse por sorpresa después de cuatro años.

Héctor se vio obligado a darle la razón.

—Ha dejado aquí sus cosas —siguió ella—. Volverá. Mientras tanto, lo mejor que podemos hacer es limpiar la habitación.

Empezó a abrir y cerrar armarios en busca de insecticida.

—No hagas nada por el momento —dijo Héctor.

—¿Qué...?

—Deja las moscas donde están.

Ella lo miraba con tranquilo estupor.

—¿Vamos a quedarnos sentados sin hacer nada? ¿Tienes idea del foco de suciedad que representan? Piensa en la niña.

—No pueden salir de la habitación. Esperemos un poco. —Había seguridad y una nota de enfado en su voz.— Si tienen algo que ver con Grego quiero que él me lo explique.

Sara iba a replicar pero se lo impidió el timbre del teléfono. Héctor se apresuró a contestar.

Era la madre de Sara. Héctor tendió a ésta el auricular. Su madre vivía en la capital y tan sólo una flebitis en su pierna izquierda le impedía encontrarse allí en ese momento para conocer al bebé. Sara desgranó un informe sobre el parto y las horas posteriores. Pero su madre no se conformó con un simple resumen. También deseaba los detalles.

Mientras seguía con la narración, Sara vio a Héctor salir de la cocina con el ceño fruncido y los labios apretados, una expresión que ella conocía bien y significaba que daba por concluida la conversación que estaban manteniendo. Lo vio encaminarse a la habitación de invitados, situada al extremo del pasillo, contemplar la puerta unos momentos y luego aferrar la manilla con la aparente intención de abrirla, para, después de pensarlo mejor, retirarla sin hacer nada.

El resto de la tarde fue un rosario de nuevas llamadas telefónicas y visitas de amigos y compañeros de trabajo interesados por el bebé.

Sara disfrutó de la atención de todos, permitiéndose olvidar durante unas horas lo ocurrido. Abrió numerosos regalos. Después de asomarse a la cuna todos coincidían en asegurar que la niña era preciosa. Algunos dijeron bromeando que era un bebé ceñudo y apuntaron cierto parecido con su padre. El salón quedó alfombrado de papel de regalo. Se descorcharon botellas de champán.

Héctor repartía su atención entre los visitantes y la puerta de la habitación de invitados, siempre alerta a que nadie la abriese por error mientras buscaba el cuarto de baño.

A las nueve, cuando ya todos se habían ido, Grego continuaba sin dar señales de vida.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar? —preguntó Sara.

Héctor no tenía constancia de que su hermano conservase amistades en la ciudad.

Recordó el petate abandonado en el suelo de la habitación. Era posible que dentro hubiese algo que sirviera para aclarar lo

ocurrido. Pero cuando se lo mencionó a Sara, ella se negó en firme a volver a abrir la puerta y correr el riesgo de que las moscas se extendieran por el resto de habitaciones.

Era pronto todavía para acudir a la policía. Pero no para llamar a los hospitales, más aun si se tenía en cuenta el afebrado estado que presentaba Grego el día anterior. Llamaron a todos los centros hospitalarios de la ciudad. En ninguno de ellos había ingresado un paciente que respondiese a los datos de Grego.

Decidieron seguir esperando.

Antes de acostarse, Héctor abrió el cajón de su mesilla de noche. Debajo de varias carpetas con recibos bancarios guardaba un sobre con dinero en efectivo para casos de emergencia. Su contenido permanecía intacto.

El domingo transcurrió de forma similar al sábado. Más visitas. El teléfono sonó abundantes veces. Llamadas que tenían como objeto interesarse por la niña y su madre.

Lo primero que Héctor hizo después de levantarse fue recorrer la casa en busca de insectos que pudieran haber escapado de su encierro. No encontró ninguno.

Beatriz era muy tranquila, apenas lloraba. Cada pocas horas se revolvió y gemía pidiendo alimento, para luego, una vez saciada, volver a dormirse plácidamente. La pareja pasaba largos ratos junto a su cuna, habituándose a su presencia. Sara no se separaba de ella, cediendo el resto de preocupaciones a Héctor.

Sólo cuando llegó de nuevo la noche sin que hubiera noticias de Grego, Sara preguntó qué iban a hacer.

En el garaje guardaban dos botes de *spray* insecticida, uno lleno y el otro semivacío, sobrantes de los que habían comprado la primavera anterior cuando su jardín y la mayoría de los de la calle sufrieron una plaga de pulgón. Héctor lo había com-

probado esa tarde. Luego volvió a dejarlos donde estaban, en una estantería repleta de artículos de limpieza y herramientas perfectamente ordenadas.

Algo le decía que aquellas moscas eran parte importante de lo que ocurría y no sería prudente —en contra de lo que dictaba la lógica cotidiana— rociarlas con insecticida o, más sencillo aún, abrir la ventana de la habitación para que se dispersaran por sí mismas.

Sara aceptó su intuición con franco recelo y sólo bajo la promesa de que no dejase salir a una sola de las moscas, enumerándole a continuación las enfermedades de las que podían ser portadoras.

—Cuando esto acabe tendremos que desinfectar los muebles —añadió.

Cediendo a la insistencia de Sara, Héctor llamó a la policía. La operadora con quien habló lo informó de que no era necesario aguardar ningún plazo de tiempo antes de poder denunciar la desaparición de una persona. La denuncia se podía llevar a cabo en cualquier momento siempre que existiese la sospecha de una desaparición forzada. Si ése era el caso, le recomendó que se personara en comisaría con la mayor brevedad posible.

Héctor dio las gracias y colgó.

Su hermano era una persona habituada a moverse sin dar explicaciones.

El lunes Héctor regresó al trabajo. Habitualmente iba en coche con tres compañeros que también vivían en la urbanización, pero la noche anterior los llamó para avisarles de que ese día iría por su cuenta.

Se detuvo en un estanco, donde compró varias cajas de habanos para repartir en la refinería, como era costumbre cada vez que tenía lugar algún acontecimiento familiar; una práctica que resulta paradójica si se tiene en cuenta que, debido a la

materia prima y productos que allí se manejaban, estaba prohibido fumar en la totalidad del recinto, bajo riesgo de despido en caso de incumplimiento.

Procedió al reparto en la reunión de coordinación de jefes y supervisores que cada día tenía lugar a media mañana. A cambio recibió numerosas felicitaciones y alguna que otra jocosa señal de ánimo. Era el más joven de quienes asistían a las reuniones.

Sufrió un breve sobresalto cuando uno de sus compañeros le mencionó a Grego. Era una suerte que hubiera estado presente en tan señalada ocasión, añadió para asombro de Héctor.

En el pasado, Héctor se había referido a su hermano durante alguna charla informal y mencionado su ocupación y exótico lugar de residencia. Pero no entendía cómo alguien de allí podía saber que Grego había estado en su casa o en el hospital el viernes anterior.

Los rumores y habladurías eran cosa habitual tanto en la refinería como en la urbanización, y los canales de comunicación entre ambos lugares, anchos y eficaces. El hombre de la manguera no había perdido el tiempo a la hora de divulgar su breve encuentro con Grego.

Héctor apenas hizo nada ese día. Quienes lo notaron ausente lo atribuyeron a la inquietud provocada por su recién estrenada condición de padre. Los momentos que pudo pasar a solas en su despacho los empleó en rememorar una vez tras otra el tiempo pasado con Grego la tarde del viernes, así como los detalles de la mañana siguiente: la puerta y las ventanas de la casa cerradas, la ropa de su hermano abandonada en el suelo de la habitación y, especialmente, la nube de moscas.

Lo redujo todo a una escueta serie de hechos inapelables. Dejó fuera las interpretaciones.

Durante los corrillos que después de comer tenían lugar fuera del comedor, se aproximó a un empleado que poseía

varias colmenas. Haciéndose pasar por mensajero de una tercera persona, interesada en iniciarse en la misma afición, lo interrogó sobre dónde podía hacerse con un traje de apicultor.

Cuando de regreso en casa procedió a abrir el paquete que contenía el mono blanco de algodón, los guantes y el casco, Sara lo miró incrédula. Preguntó si se había vuelto loco. Apeló a su sensatez. Si Grego había desaparecido, lo que debían hacer era entrar en la habitación —previa eliminación de las moscas—, examinar sus cosas y, si en ellas no eran capaces de encontrar alguna respuesta, avisar a la policía. Pero no conservar en casa una habitación infestada de insectos. Sara se estremeció sólo con pensarlo.

Sin embargo Héctor se mantuvo firme. Pidió un poco de paciencia.

Sara se secó las lágrimas. Desde el parto tenía las emociones a flor de piel. A su parecer, la más que inoportuna llegada de Grego y su desaparición ya habían acaparado de forma suficiente la atención de los dos; atención que en aquellos momentos debería estar centrada en el bebé. Sumada a ello, la presencia de los insectos superaba con creces su capacidad de tolerancia. El interés de Héctor por las moscas escapaba a sus intentos de comprensión.

Si no hubiera sido por la vulnerabilidad de Sara en esos momentos, si su oposición hubiera sido más firme —tan sólo un poco—, él no habría podido llevar a cabo lo que tenía en mente.

Trató de dejarle claro que entendía la postura de ella, pero añadió que contaba —o creía contar— con razones para obrar como lo estaba haciendo.

Ante las preguntas de Sara al respecto, Héctor se limitó a sugerir que quizá sería conveniente que la niña y ella fueran a pasar unos días a casa de la madre de ésta. Hasta que todo se resolviera.

Sara se quedó rígida, con la boca entreabierta.

—¿Hay algo que no me hayas dicho? ¿Grego está metido en algún lío?

—No lo sé. No lo creo.

Hubo una pausa en la que, uno al otro, se miraron a los ojos.

—Pero, por si acaso, es mejor que os vayáis.

A lo que añadió:

—Yo esperaré aquí.

Sin ocultar su disgusto Sara dio media vuelta y entró en el dormitorio. Llenó una maleta murmurando «Imbécil... Imbécil... », sin precisar a cuál de los hermanos se refería.

A la mañana siguiente Héctor llamó a la refinería para decir que se tomaba el día libre y llevó a su hija y a Sara a casa de su suegra.

Beatriz se revolvió cuando él se inclinó para besarla en la frente. Bostezó enseñando la lengua.

Antes de despedirse, Sara le preguntó una vez más si sabía lo que estaba haciendo.